

III

Federico Clement, de la casa Pillet y Berger, se casó, un año antes que el conde de Coutras, con la hija del señor Vavasseur, director y jefe del personal en el ministerio de Hacienda. Celina Vavasseur, educada severamente por su padre, hombre de gran capacidad, pero de espíritu metódico, había pasado una juventud sin placeres. El día en que le fué presentado el joven Federico Clement, se halló sumamente predispuesta á encontrarle bello y espiritual, porque iba á sacarla del triste medio en que se aburría desde la infancia. Bello y espiritual no lo era en alto grado el novio, pero sí amable y bueno cuanto se pudiera desear. Era, acaso, un poco grave, pero sin animadversión hacia la alegría de los demás. El hábito del trabajo y la práctica de los negocios, considerados como el objeto único de la vida, le habían tenido

forzosamente alejado de los placeres mundanos, pero no los miraba con hostilidad.

En lo físico, era un muchachón rubio, un poco calvo, de ojos azules de mirar firme y frío y que juzgaba á un hombre ó un negocio al primer golpe de vista y sin apelación. Inocente en las cuestiones de sentimiento, como todos los que no han vivido, era terriblemente práctico en los asuntos de interés y se había creado una especialidad en los adelantos al comercio y á la industria. No ponía jamás el pie en la bolsa: esa clase de especulación no existía para él y rehusaba sistemáticamente ocuparse en las emisiones á las cuales se le había invitado con gran frecuencia. Desde que él dirigía la casa de la calle de la Victoire no se había allí trabajado más que en el descuento y en la banca. Acerca de la moralidad de ciertas empresas tenía opiniones propias del siglo anterior y que olían á filosofía ginebrina. El rigor de sus principios le prohibía ganar más de lo que él juzgaba honrado. Para él los beneficios del dinero no debían ser ilimitados y en una ocasión memorable dió la medida de sus escrúpulos devolviendo á una casa de Saint-Denis una parte del beneficio que había obtenido en la venta de una partida de cobre en lingotes, embargada y vendida por él por falta de pago en el plazo establecido. Con todo esto, era intratable cuando estaba en su derecho ó cuando se trataba de engañarle.

Entre su padre y él existía tal conformidad de caracteres, de tendencias y de modo de pensar, que podían hablar el uno en nombre del otro sin ponerse de acuerdo, de tal modo estaban seguros de lo que habían de pensar en determinadas circunstancias. Estos dos hombres un poco fríos y firmes en su deber hasta desafiar la muerte, eran dignos descendientes de aquellos hugonotes que se apoderaron de Francia con Enrique IV, y cuyo destierro, que Luis XIV juzgó necesario, aplazó por cierto tiempo la Revolución francesa.

Federico adoraba á su mujer cuyas ideas y cuyos gustos eran muy diferentes de los suyos. La encantadora Celina Vavasseur, salida de la atmósfera asfixiante en que su padre la había tenido durante toda su juventud, sacudió con viveza el yugo de las costumbres sencillas en que había sido criada, y bajo la modestia intencionada de su tren, supo aprovechar la rica solidez de una fortuna bien cimentada.

El lujo que deseaba le fué concedido y en poco tiempo obtuvo cambios importantes. Cuando Eliphas le hizo observar con afectuosa bondad, que arrastraba á Federico á gastos que él no estaba lejos de calificar de despilfarros, respondió riendo:

— Vamos, querido padre, no me acuse usted de ser partidaria de la Reforma...

El anciano abrazó á su nuera, moviendo la

cabeza, y se consoló del dinero gastado pensando que su hijo era dichoso. Y lo era, en efecto. Su mujer no tenía por él una ternura apasionada, porque, realmente, no había nada en su persona que pudiera inspirar tales sentimientos; pero le amaba tiernamente á causa de su bondad y del cariño que veía en él. Le consideraba á sus órdenes, pero aunque segura de su ascendiente, jamás abusó de él.

Los dos primeros años de su matrimonio se deslizaron en un dichoso encanto. Tuvieron un hijo, cuyo nacimiento entusiasmó á Eliphas y causó alguna envidia á la señora Mossler, y en esta época fué cuando se fijó más en la mente de la reina del oro la idea de casar á Valentín. Entonces comprendió más claramente cuán vana era su fortuna si no tenía ningún heredero á quien transmitirse la seguridad de que, después, no iba á parar á manos desconocidas y extrañas. Hubiera dado un mundo porque aquel niño de Federico fuese de Valentín. Pero, ella, que podía hacer tantas cosas en el mundo, ¿tenía poder para cambiar el destino?

La joven señora Clement se encontró naturalmente en la intimidad de la mujer del conde de Coutras en cuanto éste se casó. Enriqueta y Celina tenían próximamente la misma edad, pero ofrecían en sus personas y en sus caracteres el más

completo contraste. La señora Clement era pequeña, morena, viva, alegre. La condesa de Coutras era rubia, alta, un tanto grave y muy sentada. Artistas ambas, pero con criterios enteramente opuestos, la mujer de Federico era muy avanzada y no temía un poco de intransigencia, mientras que la de Valentín era resueltamente clásica y oponía una razonada resistencia á las ideas alrevadas. Tenía horror á los detractores sistemáticos y tomó entre ojos al célebre crítico Boismaraut porque se empeñaba en hablar mal de Gounod, á quien ella admiraba.

La señora Clement introdujo en el elegante, aristocrático y selecto salón de la condesa de Coutras un elemento de alegría viviente que modernizó lo que, sin eso, hubiera parecido un poco afectado. Ella misma decía riendo : « Yo ablando un poco todo este Luis XIV ». Fué la niña mimada de la casa y la seria Enriqueta la trató como á una hermana pequeña á quien se toleran todos los caprichos. Y los tenía. Cuando, á eso de las cinco, llegaba á casa de su amiga, el salón se volvía instantáneamente tumultuoso y la animación sucedía á la gravedad. Tenía el privilegio de desfruncir todos los ceños con su alegría. Las personas de edad la acogían con complaciente sonrisa. Era turbulenta y un poco fantástica, pero sus fantasías y su agitación estaban envueltas en tal encanto

de candor y de honradez, que nadie pensaba en hablar mal de ella.

Al principio se mantuvo en una extremada reserva respecto del conde de Coutras. Por muy velados que hubieran sido los conceptos cambiados entre su suegro y su marido acerca de Valentín cuando aún estaba soltero, le habían hecho comprender que éste no gozaba de su estimación, y entre todos los fragmentos de conversación que había podido oír, formó una opinión según la cual el hijo adoptivo de la señora Mossler era una especie de diablo, del que convenía apartarse con cuidado.

La primera vez que se presentó delante de ella, no le encontró espantoso. Acababa de regresar de su viaje de boda y estaba comiendo de gran ceremonia en casa de la señora Mossler, cuando entró el conde de Coutras con desenvoltura sencilla y elegante. Besó la mano á su madre, como hijo respetuoso, y cuando fué presentado á la joven, se arregló de manera que, en tres frases, habló bien de todos los que ella amaba. Se atrevió á mirarle con atención, tranquilizada por esa amabilidad, y vió que aquella satánica persona era un guapo muchacho, de aire dulce y político y que se destacaba por sus buenas maneras entre los jóvenes á quienes ella tenía costumbre de ver.

Habló muchas veces con él y le encontró alegre,

nada pretencioso y con un deje de descuido y de despego hacia las cosas materiales que le daba mucha distinción. Para ella, que desde la mañana á la noche no oía hablar más que de negocios y de cifras, fué un placer encontrar aquel joven que parecía tener horror á toda preocupación seria y que nunca hablaba más que de arte, de literatura ó de *sport*. Las facultades de asimilación de Valentín le sirvieron admirablemente en aquel trance, porque la verdad era que no leía jamás, detestaba las exposiciones y se formaba una opinión con dos ó tres frases de periódico. En materia de *sport* era otra cosa; en esto podía dar lecciones.

Viendo que la joven se interesaba por los secretos de las carreras y que le hacía preguntas acerca de ellas, propuso un día á la mujer de Federico llevarla al hipódromo en su *mail*. Ella exclamó en el acto :

— ¡ Pero usted no piensa lo que me propone! ¿ Qué diría mi marido?

— ¿ Su marido de usted? Vendrá con nosotros. Es la reunión más elegante de la temporada. Todos los *drags* salen de la plaza de la Concordia, delante del círculo de la *rue Royale*. Todo lo que París encierra de elegante y de *chic* estará allí. Pondré á usted á mi lado, en el sitio de honor.

La joven le miró con aire malicioso :

— Dígame usted, preguntó, ¿ la señora Bourdón estará en el coche?

— No, respondió Valentín sin desconcertarse; la señora Bourdón no estará allí si usted está.

La mujer de Federico no comprendió bien toda la impertinencia que llevaba envuelta la respuesta, ó afectó no haberla entendido.

— ¡ Oh! ¡ Pobre mujer! No quiero privarla de ese placer... Llévela usted... Se dice que no la hace usted muy dichosa...

— ¿ Quién ha informado á usted tan bien de mis asuntos?

— La voz pública.

— Pues es una voz muy falsa. Hace lo menos tres semanas que estoy reñido con esa señora...

— ¡ Bueno! ¿ Y por qué? Es muy hermosa...

— ¡ Como si no hubiera quien lo es más!... Conque está convenido, ¿ viene usted?

— No, por cierto. Tiene usted muy mala reputación para que una pueda presentarse á su lado.

— ¿ Y si me corrigiese?

— Hágase un hombre razonable... y veremos... ¡ Oiga usted, debía usted casarse!

— ¡ Cómo! ¿ También usted? Mi madre me atormenta sin descanso para que abandone mi libertad. ¿ Es esto una conspiración?...

— Para el uso que hace usted de su libertad, debe procurar conservarla...

— Habla usted de cosas que no sabe. ¿Quiere usted que la cuente en qué empleo el tiempo?

— ¡ Oh! No.

Hizo un gesto de espanto y se escapó para refugiarse al lado de la señora Mossler.

Había, pues, entre ellos escaramuzas en las que se afirmaba su intimidación por la libertad de los conceptos. Una noche, en casa de la señora Mossler, Valentín se aproximó á la joven y dijo :

— Tengo una noticia que dar á usted. Este año podrá usted asistir á las carreras y montar en mi *mail*... Me caso.

La mujer de Clement se echó á reír.

— Supongo, dijo, que no se habrá usted decidido solamente para llevarme al hipódromo...

— Por eso solamente, no. Todo el mundo me atormenta; tengo mil molestias; la vida que llevo me aburre, y, además, tengo gusto en complacer á mi madre.

— Habla usted muy juiciosamente. Siempre he creído que no estaba usted tan gangrenado como se decía.

— Con muchos cuidados, acaso me cure.

— Se procurará. Usted puede contar con numerosas simpatías.

— Sí; ya lo sé. Las frases vacías no faltarán... Se dirá : « Bonita unión »... y después, si las cosas marchan mal : « ¡ Era seguro que eso

no podía salir bien! » Pero yo, á todo esto...

— ¡ Oh! usted... ¡ El interesante mártir! Pero hablemos de la novia... ; Esa es la que corre peligro! ¿ Se puede saber quién es?

— Su suegro de usted es quien la ha descubierto.

— Eso es una excelente garantía.

— Como moralidad, puede ser; pero como agrado...

— Mi suegro tiene muy buen gusto; él fué también el que me descubrió á mí.

— Eso me tranquiliza un poco.

— ¿ Conoce usted la que le destinan? ¿ Ha sido usted presentado á ella?

— Ayer. Es una mujer muy hermosa, imponente, seria y que parece hecha para mí exactamente lo mismo que usted para su marido.

— Pues aseguro á usted que yo me entiendo muy bien con Federico. Hace todo lo que yo quiero...

— Pues si yo tengo que hacer todo lo que quiera mi futura mujer, sospecho que no serán siempre cosas de una extremada jovialidad.

— ¿ Será una indiscreción preguntar á usted cómo se llama esa joven?

— Supongo que conocería usted ese secreto en cuanto volviese á su casa... Lo mismo da que sea yo quien se lo revele. Es la señorita Enriqueta de Pierremont.

— Es usted más afortunado de lo que merece.

La he encontrado muchas veces en casas de familias amigas... Es enteramente encantadora...

— Entonces, en mi lugar, se casaría usted con ella...

— Sin vacilar.

— ¡Oh! Las mujeres no vacilan jamás para casarse. El estado que abandonan es, según parece, tan molesto, que corren como locas hacia la nueva condición que las emancipa. Pero nosotros, que tenemos todas las ventajas de la libertad, necesitamos estar muy enamorados, muy enfermos, muy arruinados, ó ser muy obedientes, para cambiar de existencia. Un hombre solo no tiene por qué preocuparse; siempre sale adelante. Pero cuando tiene mujer é hijos, ¡qué responsabilidad y qué carga!

— La señora Mossler le ayudará á soportarla, dijo Celina sonriendo. Sus medios se lo permiten.

— ¡Bah! En los tiempos que corren ¿se puede estar seguro de algo? Todos los días nos explican los socialistas que, dentro de poco, se apoderarán de todos los capitales... El otro día, uno de esos amables reformadores afirmaba que en la próxima revolución hay que empezar por apoderarse del Banco de Francia... ¿Qué quiere usted, pues, que pensemos los que tenemos la debilidad de no poder vivir sin mucho dinero? Yo, aseguro á usted que no voy al matrimonio como á una fiesta... Empe-

zando por que no estoy muy seguro de ser un buen marido.

— Sí, usted no es peor que cualquiera otro, á pesar de su cabeza ligera. Y si ama usted á su mujer...

— ¡Oh! Dios mío, sí; todo depende de eso. Pero ¡diantre, la señorita de Pierremont es demasiado diosa! ¡Eso es una Juno!

— Ya se humanizará. Eso es cuenta de usted.

— Verá usted como me está aconsejando imprudentemente. Palabra de honor; todas las mujeres son casamenteras por naturaleza... Usted no vacila en impulsarme hacia el abismo... ¡Cuidado! Si no soy feliz, será preciso que usted me consuele.

— ¿Cómo?

— Amándome, todo lo que usted sea capaz de amar.

— Eso no me comprometería á grandes cosas. No tiene usted idea de lo poco apasionada que soy. Creo que, contra su Juno, iría usted á pedir socorro á Minerva.

— ¡Ah! ¿Usted también? Entonces creo que haré mejor marchándome en seguida al Transvaal...

La señora Mossler, curiosa por aquella larga conversación, dejó á uno de sus visitantes con quien estaba hablando; se acercó á la joven y dijo:

— ¿Qué le está contando á usted este loco?

— Que quiere marcharse á los campos de oro, como su padre.

La señora Mossler se puso grave y permaneció un momento callada. Después dijo con voz dulce, aunque un poco alterada, dirigiéndose á Valentín :

— ¿Tan poco cariño tienes hacia los que se interesan por ti, que piensas en abandonarlos en el momento mismo en que se ocupan de asegurar tu porvenir?

— No, querida madre. Pero tengo empeño en no faltar á los compromisos que adquieran por mí y esto me tiene inquieto.

— No se debe ir al matrimonio tristemente, dijo la señora Mossler; más vale, entonces, permanecer soltero. Pero tú serás feliz si eres juicioso. Ahí tienes á Federico Clement...

— ¡ Oh! replicó con viveza Valentín; ¡ que no me hubieras ofrecido casarme con su mujer!...

— Eso es verdaderamente un poco fuerte para mí, dijo la mujer de Federico, y me escapo para no oír más.

— Trate usted de quedarse viuda, y todo se arreglará. Yo esperaré...

— ¡ Está loco! dijo Celina á la señora Mossler. Y se alejó.

Seis semanas después el conde de Coutras se casaba con la señorita de Pierremont sin que esto pareciera costarle gran trabajo. Su prometida, con

su firme razón y su sólida inteligencia se había impuesto á él rápidamente y Valentín no hubiera jurado que no estaba enamorado de ella cuando salieron de *Saint-Philippe-du-Roule*. El viaje que hicieron á España duró tres semanas durante las cuales Valentín se aburrió soberanamente. Tal tenía su ánimo, que los esplendores de Sevilla, de Córdoba y de Madrid le dejaron muy frío y trajo de su viaje la impresión de que el pueblo español era triste, sucio, comía muy mal y poseía los ferrocarriles más incómodos y más lentos de Europa. No habló de las mujeres, aunque, en verdad, había mirado á alguna más que á la condesa del otro lado de los Pirineos, pero tuvo el buen gusto de no dar su opinión.

Vuelto á París, dió un suspiro de satisfacción, se instaló en su hotel de la avenida de Friedland y pareció completamente dichoso. No puso más los pies en el club, olvidó el *baccara* y estableció en su casa una sala de esgrima tan bella y tan cómoda, que llegó á recibir en ella todas las mañanas, de diez á doce, lo más escogido de los tiradores parisienses. Su mujer le hizo la concurrencia con su salón, en el que reunió, en poco tiempo, un círculo artístico y elegante depurado escrupulosamente y en el cual era muy envidiable penetrar. Pero los concurrentes habituales manifestaron redondamente la intención de permanecer ellos solos y la

condesa, á la que no gustaba sino la intimidad, se prestó á su capricho. Muy pronto no se llamó á su salón más que con el nombre de « la Capilla Friedland ».

El gran sacerdote era Vignot, el ilustre compositor, que se había constituido en adorador de la señora de Coutras. Dauziat, el novelista, decía allí misa, que ayudaba con asiduidad el genial pintor Ferraud. Alrededor de estos tres hombres se fueron agrupando poco á poco otros artistas, y hasta el célebre actor Baradan no se desdeñó de exhibir allí su gloria, lo que hizo gritar á algunas malas lenguas, que hubieran dado un ojo de su mejor amiga por ser admitidos en el santuario. Pero ninguno de los interesados prestó atención á esas protestas, y las personas que tenían entrada en la casa siguieron frecuentándola con marcada satisfacción.

El mismo Valentín tomó parte en aquellas reuniones. No quería mucho á los literatos y odiaba á los músicos, pero soportaba bastante bien á los pintores. Estuvo amabilísimo con todo el mundo y pareció que daba grande importancia á las comidas artísticas de los sábados. Es verdad que Enriqueta supo, con muy buen tacto, no intentar una reproducción de la *Abbaye-aux-Bois*. No se dió aires de musa inspiradora y no pretendió más que ser obsequiosa con el talento. Recibió con gra-

ciaosa sencillez y dejó descansar á los artistas para complacer más á los amigos. Jamás pareció exhibirlos ni ofrecerlos á la curiosidad social.

En su salón hacía cada cual lo que quería, y mientras Vignot, que era un maravilloso narrador, contaba sus impresiones de seminario en Roma, pues había pensado ser sacerdote antes de componer sus melodías, tan apasionadas; Ferraud dibujaba en un rincón de una mesa y Dauziat escribía versos con lápiz. Aquello era una especie de Decamerón, donde cada cual se ocupaba en el placer de todos, pero á condición de estar en confianza. Si, por casualidad, algún extraño se deslizaba en la reunión para visitar á la dueña de la casa, todas las buenas voluntades quedaban en el instante paralizadas y la inercia sucedía al movimiento.

Esto se supo prontamente y sólo penetraron ya los iniciados. Los que se quedaban en la puerta se vengaron propalando sobre las tendencias estéticas de la condesa maldades inofensivas. Pero al cabo de un año, nadie hacía la menor observación y no se hablaba del cenáculo de la condesa de Coutras más que para lamentar el no ser admitido en él. Federico Clement y su mujer fueron de los escogidos. El anciano Vignot entabló una « corriente de alma » con la encantadora Celina y aprovechó esta circunstancia para mostrar todas sus seducciones

musicales. Pasó de Mozart á Wagner, desflorando sus propias partituras y mezclando sus exquisitas interpretaciones con chispeantes conferencias en las cuales elevaba á su auditorio á las más altas cimas del arte. Nadie ha hablado con tanta fecundidad y riqueza del sublime *Don Juan*. Ferraud mismo, que no se avergonzaba de calificar esa obra maestra de música de clavicordio, se quedaba estupefacto ante aquellas disertaciones. Y cuando el gran músico, agitando su blanca barba y los ojos llenos de inspiración, explicaba la significación simbólica de los diversos personajes, que forman, con sus diversos dolores, toda la escala de la pasión humana, Dauziat detenía sus ensueños y concebía dudas sobre la novedad de las teorías de Wagner. Valentín, por su parte, encontraba al viejo compositor insoportable. Le trataba comunemente de farsante y se atraía violentos regaños de su mujer y de Celina. Pero él respondía riendo:

— Ustedes comprenderán, acaso, lo que dice, lo que toca y lo que canta; yo, ni pizca. Creo que hay que haber empezado muy pequeño, para que el espíritu se preste á esa gimnasia. Ustedes pretenden que las melodías y las sinfonías tienen un sentido; yo creo que no son más que un ruido vano. Lo que salva á los músicos es que hay muy poca gente que comprenda la lengua que hablan, y esos pocos están de acuerdo con ellos,

son sus cómplices, para afirmar que eso significa algo. El día en que todo el mundo comprenda la lengua musical, adiós los músicos. Se sabrá entonces que ensartan notas unas con otras y que no les resulta más que una gran incoherencia. Siendo muchacho, me llevó mi madre algunas veces al Conservatorio y, para distraer el fastidio, leía en el programa las explicaciones que los compositores dan á su música. ¡Santo Dios! aquello resultaba todavía más incomprensible después de ser explicado.

— Sí, continuó alegremente Celina; el joven poeta, después de una escena de celos, vuelve á su casa y se duerme. Sueña que está condenado á muerte, que le llevan al cadalso, que le ejecutan y oye su marcha fúnebre... Pues bien, querido conde, eso es un bosquejo que vale tanto como otro cualquiera...

— Bueno, pues oigan ustedes lo que á mí me dice la música si no tengo la precaución de leer el argumento. Un buen ciudadano, después de haber comido bien en el *restaurant*, vuelve á su casa un poco chispo. Enciende con la bujía las cortinas de la cama y grita ¡fuego! Llegan los bomberos. Las bombas de vapor dejan oír sus horribles trompetas y suena el somatén. Aseguro á ustedes que la música resulta tan bien con este tema como con el otro. ¿Quieren un tercero? Un rey negro, mientras sus mujeres bailan la zarabanda.